

to en la hipótesis de la metempsicosis. Lucas, que lo reproduce, añade (IX-18 20): «y otros que algún profeta de los antiguos, resucitado». Atribuye, pues, á los judíos la suposición de que un antiguo profeta hubiera podido resucitar en carne y hueso, lo cual sería un absurdo palpable, puesto que sabían perfectamente que dichos profetas muertos y enterrados hacía seiscientos ó setecientos años, no eran más que polvo hacía mucho tiempo. Por otra parte, el cristianismo ha reemplazado la transmigración de las almas en cuanto representa la expiación de los pecados cometidos en una vida anterior, por el dogma del pecado original, es decir, por la expiación del pecado de otro individuo. Ambas doctrinas identifican, con un fin moral, el hombre presente con otro que vivió anteriormente; la metempsicosis los identifica inmediatamente, el pecado original mediatamente.

La muerte es la severa corrección que la marcha de la naturaleza impone á la voluntad de vivir y sobre todo al egoísmo, que es inherente á ella; podemos concebirla como el castigo del crimen de vivir (1). Desata dolorosamente el lazo que el acto genésico había atado con voluptuosidad; es la gran desilusión. En el fondo somos algo que no debería existir; por eso cesamos de existir. El egoísmo consiste esencialmente en que el hombre limita toda la realidad á su *yo*, puesto que cree vivir solamente en su persona y no en las demás. La muerte le desengaña suprimiendo esa persona; de esta manera la esencia del hombre, que es la voluntad, no existirá en lo sucesivo más que en los otros individuos, y su inteligencia, que perte-

(1) La muerte nos dice: eres el fruto de un acto que no debió realizarse y debes morir para borrarle.

nece al mundo del fenómeno ó de la representación, que no era más que la forma del mundo exterior, continuará existiendo precisamente en la representación, es decir, en una existencia objetiva; por consiguiente, en la existencia que hasta aquel momento era para ella el mundo exterior.

Todo lo suyo se encuentra, pues, para lo sucesivo, en lo que consideraba como no yo, puesto que la diferencia entre el yo y el no yo ha desaparecido. Recuérdese lo que he explicado en mi Memoria sobre el fundamento de la moral, á saber: que cuanto mejor es el hombre menos diferencia establece entre sí mismo y los demás y no los considera como un no yo absoluto, mientras que para el malo esta diferencia es grande, casi absoluta.

Relacionando estas consideraciones con las que acabo de exponer acerca de la muerte, puede afirmarse que ésta aniquila el ser del hombre en la misma proporción en que él establece diferencias entre sí y los demás. Pero si partimos del principio de que esta diferencia es puramente exterior, y que estando fundada en el espacio no reside más que en el fenómeno y no en la cosa en sí, y no es, por tanto, absoluta y real, no podremos ver en la pérdida de nuestra individualidad más que la pérdida de una apariencia, ó sea una pérdida puramente ilusoria. Sea cualquiera la realidad que esa diferencia pueda tener en la conciencia empírica, desde el punto de vista metafísico, es indiferente decir: «Yo perezco, pero el mundo continúa existiendo»; ó «el mundo perece, pero yo sigo existiendo».

Mas por encima de todo esto, la muerte es la gran ocasión que se nos presenta para despojarnos del *yo*; ¡feliz el que la aprovecha! En la vida, la voluntad hu-



mana no es libre; por virtud del carácter invariable del hombre, su conducta se desenvuelve necesariamente, guiada por los motivos. Cada uno de nosotros lleva en la conciencia el recuerdo de más de una acción por la cual no estamos satisfechos de nosotros mismos. Si el hombre fuese eterno, ese carácter invariable le haría conducirse siempre de la misma manera. Es preciso que deje de ser *él*, para que del germen de su ser pueda salir renovado y transformado. Con este fin rompe la muerte los lazos de la vida; la voluntad vuelve á ser libre, pues la libertad está en el *Esse*, no en el *Operari*. *Finditur nodus cordis, dissolvuntur omnes dubitationes, ejusque opera evanescent;* he aquí una máxima célebre de los Vedas que todos los vedistas repiten frecuentemente (1).

El morir señala el instante que nos libra de la forma especial de una individualidad que no es la esencia de nuestro ser, que es más bien una especie de aberración. Nuestra verdadera libertad original nos es devuelta, y este instante puede ser considerado, en la acepción que hemos ya definido antes, como el de una *restitutio in integrum*.

La calma y la paz que se dibujan en la faz de la mayoría de los muertos, parecen tener este origen. Tranquilo y sereno es de ordinario el fin del justo, pero morir voluntariamente, morir con alegría, morir dichoso, es el privilegio del resignado, de aquel que repudia ó niega la voluntad de vivir. Solo él desea la muerte realmente y no sólo en apariencia; solo él no necesita la permanencia de su persona ni la quiere.

(1) Sancara: *S. de theologumenis Vedanticorum*, edición de Windischmann, pág. 37.—Upnekhat, vol. I, pág. 387 y 78. Colebrooke's *Miscellaneous Essays*, vol. I, pág. 363.

Renuncia voluntariamente á esta existencia, tal como nosotros la conocemos. Cuanto á la que le será dada en cambio, á nuestros ojos es la *nada*, porque la nuestra, comparada con ella, es una *nada*. El budhismo la llama *Nirvana*, que quiere decir extinción (1).

(1) Se han propuesto varias etimologías de la voz *Nirvana*. Según Colebrooke viene de *wa*, soplar como el viento, con el prefijo negativo *Nir*. Obry dice: *Nirwanam*, en sánscrito, significa á la letra extinción, como la de una llama. Según el *Asiatic Journal* (vol. 24, pág. 735), la verdadera palabra es *Nerawana*, compuesta de *Nera*, sin, y *wana*, vida, y significa aniquilación. En el *Eastern Monachism*, de Spence Hardy, se hace derivar *Nirvana* de *wana*, deseos culpables, con la negación *nir*. J. S. Schmidt, en su traducción de la *Historia de los Mongoles orientales*, dice que la palabra sánscrita *Nirvana* se traduce en mongol por una frase que significa «separado de la miseria», «sustraído á la miseria».

Según el mismo sabio ha expuesto en sus lecciones en la Academia de San Petersburgo, *Nirvana* es lo contrario de *Sansara*, que es el mundo de los renacimientos perpetuos, de los deseos y de la concupiscencia, de las ilusiones sensibles, de las formas variables, del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte. En la lengua birmana, la voz *Nirwana*, por analogía con otras palabras sánscritas, se transforma en *Nieban*, que quiere decir «desaparición total». En mi primera edición de 1819 escribía yo también *Nieban*, porque entonces el budhismo sólo nos era conocido por las noticias incompletas sacadas de Birmania.